

tinguir: la explicación (en su sentido estricto), la ilustración, y la definición. En la frase, por ejemplo, "al cruzar el estrecho de Magallanes, el espectáculo que se contempla . . .", la palabra "espectáculo" debe explicarse diciendo que significa una "vista," ó una "escena," ó "todo lo que podemos ver, mirando á nuestro alrededor." En este caso la explicación consiste en representar una idea en una forma más sencilla, lo cual difiere mucho de la ilustración, que produce un caso particular de un hecho más general. Los hechos é ideas nuevas deben ser explicadas é ilustradas, mientras que, al volver á ser tratadas, puede ser bastante la explicación. Debe tenerse en cuenta que la simple sustitución de una palabra por otra, ó el uso de un sinónimo, no constituye la explicación. La idea no debe expresarse sólo en una forma distinta, sino más sencilla.

127. Ilustración oral.—El procedimiento de la ilustración es doble. Primeramente se basa en la sustitución de lo general por lo particular: así, en el período "al cruzar el estrecho de Magallanes, el espectáculo que se contempla . . .", deberemos ilustrar la palabra "espectáculo" conduciendo la imaginación del discípulo á algún punto notable que le rodee, haciéndole fijarse en todo lo que desde él se vea, y llamando á esto un "espectáculo." En segundo lugar la ilustración consiste en sustituir un caso particular con otro que le es análogo, como, por ejemplo, al comparar la fundición del plomo con la de la cera, ó la acción de un carácter histórico, con otro semejante dentro de nuestra experiencia. Los requisitos de una buena ilustración son los siguientes: 1°. Debe ser *apropiada*. Una falsa ilustración es tan engañosa como una falsa exposición, y depende más de la primera que de la segunda (apropiadas) la impresión que el discípulo se forma del hecho. 2°. Debe ser *inte-*

resante, es decir, debe ser sacada de algo que interese al alumno, lo cual implica que debe serle familiar, pues no hay ilustración en referirse á una cosa que es desconocida para ilustrar otra que lo es igualmente. 3°. Debe ser *clara y gráfica*, esto es, presentada de tal manera que los puntos esenciales de semejanza sean distintamente marcados.

128. Ilustración por medio de objetos.—Cuando la lección versa sobre un objeto material, éste, si es posible, debe tenerse á la mano, á fin de que puedan ser observadas las cualidades que lo distinguen. En la lección objetiva no puede prescindirse de ello, pues es lo que realmente la constituye; pero en la que no lo es, suelen también presentarse ocasiones de referirse incidentalmente á un objeto dado, para ilustrar alguno de sus puntos, en cuyo caso la ilustración pocas veces será satisfactoria si no va acompañada del objeto. Es muy recomendable, por lo tanto, que la escuela posea una pequeña colección de objetos comunes, cosa no difícil si se tiene en cuenta que no es necesario que sean valiosos, sino vulgares y sencillos.

129. Ilustración pictórica.—Siendo comparativamente pequeño el número de objetos que pueden someterse á la inspección de los alumnos, esta necesidad debe ser suplida, en cuanto sea posible, con ilustraciones pictóricas, que pueden ser de diferentes clases. La escuela debe poseer una colección de cuadros de objetos de historia natural, y de mecánica y procedimientos familiares, de que poder hacer uso en el curso de las lecciones cuando sea necesario, y que serán siempre examinados con más interés cuando, con la explicación previa, haya sido despertada la curiosidad en el alumno, pues habiendo formado una idea anticipada por sí mismo, la comparará luego con interés con la realidad. Ya hemos dicho anteriormente que estas pinturas no necesitan ser muy

acabadas, ni deben ser complicadas, pues son más eficaces cuando son sencillas, atrevidas y vigorosas.

La colección de esta clase de cuadros que puede poseer fácilmente una escuela, es bastante para la ilustración de las lecciones, con más los bosquejos en la pizarra. Es muy conveniente que el maestro posea alguna facilidad para esto último, por dos razones: en primer lugar, porque pueden presentarse cosas de que no tenga otros medios de dar una idea á la clase, y hasta de los objetos representados en los cuadros es con frecuencia necesario separar uno en particular para ser examinado sólo, como la hoja, tratándose de una lección acerca de los árboles, la figura de la pata, en una acerca de los animales, la posición de una montaña con relación á un río, etc. En segundo lugar, los niños observan con especial placer la construcción de estos diseños, y generalmente demuestran una fuerte tendencia á imitarlos luego por sí mismos. El maestro que posea aquella facilidad, hallará un recurso para cautivar el interés de sus alumnos, más allá de como podría conseguirlo con todas las ilustraciones de los cuadros hechos ya.

En la ilustración de los lugares, tratándose de historia ó de geografía, el maestro debe referirse siempre á los mapas.

130. Abuso de la ilustración.—En el uso de las ilustraciones en general debe tenerse presente que, si bien deben emplearse con amplitud bastante para hacer impresión en la mente de los discípulos, no debe abusarse de ellas. Importantes como son, debe procurarse siempre que ocupen su lugar, subordinado á la cosa que ilustran. Los maestros jóvenes, de lozana imaginación y fácil palabra, deben cuidarse de no convertir sus lecciones en agradables pinturas, más bien que en saludables ejercicios mentales.

131. Definición.—Definición es la explicación de las cosas, por la suma de sus propiedades esenciales. La naturaleza del procedimiento determina suficientemente el lugar que le corresponde en la enseñanza de la escuela. El niño no define; sólo ilustra. Si le preguntamos qué es metal, nos contestará que "hierro," ó "plomo." La definición, por lo tanto, no debe ser el principio, sino el fin de la enseñanza elemental, y debe usarse con parsimonia. Pero por otra parte, como quiera que la definición de una cosa implica aquella concepción de ella, con sólo la cual la imaginación puede avanzar á un más elevado conocimiento de la misma, el maestro debe meditar su uso en tiempo debido. Puede introducirla casi desde el principio, si la reserva un adecuado lugar y dentro de sus verdaderos límites. Á medida que el alumno va avanzando en su educación, ésta le irá habilitando más y más para acoger y ajustar las definiciones. Tan grande error es descuidar el ejercicio de la abstracción, requerido por la definición, cuando el niño es capaz de él, como forzarlo indiscreta y prematuramente en las clases de los más pequeños, cuando éstos se hallan ocupados principalmente en la observación de los ejemplos ilustrados.

132. Preparación de las lecciones.—No creemos necesario insistir en la importancia de una cuidadosa preparación de las lecciones. Hay algunas, sin duda, que el maestro puede dar adecuadamente sin especial preparación, en virtud de sus generales conocimientos, tales como las del lenguaje y numeración; pero hay otras como las de moral, y las de los diferentes ramos de ciencia real, que, por lo general, requieren más ó menos aquella preparación para su eficaz enseñanza. Unas la requieren en un sentido, y otras en otro. En algunas es conveniente para adquirir el *necesario conocimiento* de

ellas. Cuando la materia es de un género familiar cree él que un conocimiento general es suficiente para garantizarle su explicación ; pero si se para á reflexionar que tiene que transmitir á sus discípulos aquellas nociones fundamentales, de cuya solidez depende el carácter de toda la subsecuente inteligencia de ella, tal vez dude de si aquel conocimiento es bastante para el objeto. Sin preparación estará apto para extenderse más bien sobre lo que recuerde, que sobre lo que sea verdaderamente importante ; y con frecuencia hallará que ha pasado por alto cosas esenciales. El hábito de enseñar sin un adecuado conocimiento de las materias, conduce á mucho trabajo inútil y falto de interés, no sólo para el discípulo, sino para el mismo maestro.

En otras lecciones es necesaria la preparación para *ordenarlas* debidamente. Hasta cuando el maestro posee completos conocimientos de una materia, sin exceptuar las más sencillas y elementales, rara vez adoptará el plan más acertado para transmitir las, sin una previa reflexión sobre ellas. Y, por último, hay muchas lecciones que requieren preparación, atendiendo á su *ilustración*. Adoptar una ilustración adecuada es, con frecuencia, lo más difícil de una lección, y cuando aquella haya de referirse á objetos, de cualquier clase, el maestro hará bien en examinarlos previamente, con lo que su referencia á ellos será más precisa y acertada, como basada en una experiencia y no en una idea de ellos.

Además de una directa preparación para su trabajo diario, existe otra indirecta, de más elevado carácter, y más rica en influencia. El que se halla dedicado á formar la imaginación de la juventud, necesita no sólo enseñar, sino ser á la vez un estudiante. Debe leer y estudiar privadamente, y, estén ó no esta lectura y estudio relacionados con su trabajo profesional, contribuirán á

vigorizarlo y á hacerlo más eficaz, puesto que conservarán fresca y flexible la imaginación del maestro, y tiernas y delicadas sus simpatías con los esfuerzos y dificultades de sus discípulos. El maestro que no lee privadamente no tiene amor á la lectura, y carece, por lo tanto, de aquel espíritu vigoroso y ardiente con el que sólo puede inspirar á sus discípulos aquel amor. Cuando cesa de aprender desciende á una posición inferior á la de sus discípulos, puesto que el deseo de aprender es la más elevada tendencia intelectual de nuestra naturaleza. Debemos, pues, aconsejarle que estudie constantemente, con lo que logrará hallarse siempre sobre el nivel de sus alumnos. “Estoy seguro”—dice el Dr. Arnold, hablando de sus discípulos—“de que no los juzgaría como lo hago, ni esperaría de ellos lo que espero, si yo no me tomase el trabajo de procurar perfeccionar constantemente mi propia inteligencia.” “La constante persecución de nuevos conocimientos”—dice el Profesor Menezies—“es indispensable á todo maestro para conservar la elasticidad de su imaginación, refrescarla y enriquecerla, y mantener su vigor con el ejercicio, y su alegría con la conciencia de su progreso ; y aunque sus presentes estudios sean independientes de las materias que enseñe á sus alumnos, sacará de ellos abundante beneficio. Una imaginación ocupada en adquirir conocimientos simpatiza mejor con los esfuerzos de la juventud en el mismo sentido, que una que permanezca en reposo. El entendimiento se aguza, y las afecciones se hacen más tiernas. Por todos conceptos se hace más sensible, y por consecuencia más dispuesto á transmitir, que si sus fuerzas son relajadas por la cesación del esfuerzo. Así, en beneficio de sus alumnos, tanto como en el de sí mismo, un maestro diligente no debe cesar nunca en el trabajo de cultivar su inteligencia.”

El maestro joven encontrará una ayuda para la preparación de las lecciones, en la formación de un bosquejo de ellas en forma de notas. Estas deben contener los principales asuntos que ha de tratar, no limitándose al simple encabezamiento de ellos, sino con más extensión, conteniendo también las ilustraciones de que ha de hacer uso en cada uno, y de estas notas no ha de valerse en el curso de la lección, pues la interrupción ó titubeo á que daría lugar, sería desfavorable al sostenimiento del interés en los alumnos. Debe llevar en la memoria la sustancia de ellas, de manera que durante la explicación nada venga á interrumpir su propia actividad mental ni la de la clase. El trabajo que emplee en esta preparación le será recompensado ampliamente. Seguro de que su instrucción ha de ser provechosa é interesante, por consecuencia del trabajo que ha empleado en ella, deseará una adecuada reciprocidad por parte de aquellos á quienes se dirige. El maestro enseña, no por espíritu de rutina, sino porque tiene algo que decir, y desea que sus alumnos ejerciten su inteligencia en lo que ha preparado para ellos, y hasta se alegra de que una respuesta casual le abra un camino para enseñar algo. Por el contrario, será inútil que busque resultado, ni síntomas de sincera aplicación por parte de sus discípulos, si habitualmente se presenta ante ellos con inseguros conocimientos de las materias de que va á tratar, si no es ordenado en sus preguntas, y si hace uso de ilustraciones pobres, todo lo cual indicará falta de preparación.

133. Explicación y preguntas.—El maestro se vale de dos medios para enseñar: el de la explicación y el de las preguntas. Aunque el objeto de la instrucción elemental es enseñar al alumno á que aprenda por sí mismo, sería un error hacer consistir aquella en sólo el examen de las tareas impuestas. El niño no puede

aprender, mientras no se le enseñe como lo ha de hacer. El esfuerzo de su parte sería lento y falto de interés. El maestro debe, no sólo enseñarle á estudiar, sino ofrecerle motivos para que aprenda. Lo primero lo conseguirá por medio de la instrucción oral, con lo que, no sólo prestará al discípulo todo el auxilio necesario para el estudio de las tareas que le imponga, sino que acostumbra su imaginación á un adecuado método de aprender. Lo segundo será el resultado de hacer para él el estudio una ocupación agradable.

Ni debe limitarse exclusivamente al sistema de la explicación, ni al de la imposición de tareas, sino combinar ambos de una manera conveniente, y llevarlos á cabo durante todo el tiempo que dure la asistencia del alumno á la escuela, aunque variando su proporción, de acuerdo con el grado de adelantamiento de aquel. Con los niños más pequeños el trabajo debe ser casi todo de explicación, y á medida que vayan avanzando deberán ir aumentándose las tareas que se les impongan, aunque siempre subordinadas á la instrucción oral. Con los mayores, la imposición de tareas, y las preguntas sobre ellas vienen á ser la principal ocupación, aunque no en absoluto.

La explicación continúa no es un método conveniente para la enseñanza de la escuela. El maestro no puede conocer si la instrucción comunicada así, se adapta á las necesidades y capacidad del discípulo. La experiencia ha demostrado que por este medio el niño no adquiere ni capacidad ni interés por el estudio.

El método de enseñar sólo por preguntas y respuestas es también defectuoso, pero no tanto.

Lo acertado es la unión de los dos métodos: las preguntas, para cerciorarse de la instrucción que el alumno necesita, y cierta cantidad de explicación para enseñarle

lo que no pueda descifrar por sí mismo, ó sólo á fuerza de un gran trabajo y empleo de tiempo, y para presentarle en una forma combinada aquello que, de otro modo y por sí mismo, lo aprendería de una manera incompleta.

El principal objeto del maestro, en las lecciones por preguntas, es averiguar con exactitud la extensión de los conocimientos del alumno en una materia determinada. Lo que el maestro tiene que enseñarle ha de ir unido á lo que el alumno ya conoce, y sólo puede cerciorarse aquél de la instrucción que debe dar, sondeando la imaginación de éste por medio de preguntas preliminares. Con un procedimiento tan evidentemente necesario se obtiene más de un fin. Además de aclarar el camino para la lección que se tiene entre manos, acostumbra al alumno á graduar sus estudios, conduciéndole á distinguir lo que sabe de lo que no sabe, lo cual constituye un hábito intelectual de incalculable valor. Con estas preguntas preliminares se ganará además la atención de aquél para las explicaciones que han de seguir, lo cual es indispensable. Un maestro hábil no es aquel que sólo puede comunicar instrucción á los discípulos que son capaces y que desean recibirla, sino más bien el que sabe predisponer á ella á los mal dispuestos y á los indiferentes. Con el juicioso método que emplee en sus lecciones creará el deseo de aprender, antes de exigir el esfuerzo. Las preguntas no deben llevar envuelta la contestación que se trate de obtener. Si no sobreviene la respuesta adecuada, el maestro debe repetir la pregunta en otra forma que sea más sencilla é inteligible, y subdividirla si es preciso, de manera que conduzca al alumno, por una sucesión de pasos, hasta que le haga ver los hechos que trata de enseñarle, es decir, que pondrá en sus manos los medios de alcanzar aquellos hechos, pero no los hechos mismos, que es importante sea él quien descubra.

134. Formas defectuosas de preguntar.—Las preguntas no deben ser ambiguas ó indeterminadas, y susceptibles, por lo tanto, de más de una respuesta, ya por el dudoso significado de los términos empleados, ó ya por la extensión de su alcance. En toda clase existen alumnos bastante atrevidos y atolondrados para contestar por conjetura, ó que poseen unas cuantas rutinarias y convencionales respuestas que han tenido ocasión de hacer pasar otras veces, hasta donde han podido, y á éstos, las preguntas vagas les proporcionan una gran ventaja sobre aquellos que son más modestos y pensadores, que se quedan perplejos cuando no ven distintamente el objeto de la pregunta, y que no son capaces de contestar al azar.

No son, por lo general, correctas las preguntas que admiten por respuesta una simple afirmación ó negación, aunque en determinados casos son adecuadas é inevitables, pues sucede á veces, por ejemplo, que una serie de preguntas deductivas viene á requerir aquella respuesta; pero esto es la excepción. La práctica de hacer preguntas aisladas, de esta especie, es de mal efecto en una clase, pues cuando el alumno que haya de contestar tenga que escoger ingenuamente entre el sí y el no, sus probabilidades de hacerlo con acierto son iguales á las contrarias; si se equivoca, el inmediato compañero se aprovechará de ello con injusticia; y por otra parte, en la mayoría de los casos la contestación adecuada va indicada en el tono y manera de hacer la pregunta, y hasta en sus términos, de modo que el alumno preguntado se acreditará, sin el más ligero esfuerzo de imaginación.

Las preguntas respecto á una materia estudiada no deben hacerse con las mismas palabras empleadas en el libro de texto, pues en este caso las respuestas pueden ser dadas de memoria, y su exactitud no es prueba de